

## Humberto Costantini

### La promesa

*De Cuentos completos 1945-1987*, Buenos Aires, Ediciones ryr, 2010.

Fue su mujer la que dijo: "Ah che, vino la madre de Raúl". Y lo dijo desde la cocina, cuando él estaba sentado en el patio, leyendo una revista de historietas y esperando la hora de cenar. Y se lo dijo precisamente cuando ya estaba tendida la mesa y cuando el olor a la cebolla frita y al guiso le hacía cosquillas en el estómago. Porque hacía diez minutos que había llegado de la oficina y estaba cansado y todavía llevaba prendidos a la ropa los saludos de los vecinos y las dos cuadras y media recorridas al bajar del colectivo y el sucederse de los mismos sitios familiares, conocidos desde la infancia y el cielo ese del crepúsculo que daba a todos los rostros un color particular, vivo, saludable, como si todos estuvieran alborozados o quemados por el sol, como si él también lo estuviera, a pesar de su color mate y de su cansancio y de su palidez normal de oficina.

"¡Para qué tiene que meterme a mí en esto!" Lo pensó pero no lo dijo, aunque hubiera sido preferible que su mujer se hubiera callado la boca y no él, porque estaba esperando que su mujer dijera una cosa así, porque tenía miedo que su mujer le fuera a decir una barbaridad, una cosa tan tremenda como la que dijo.

Y todavía tuvo esperanzas de que su mujer se olvidara, o de que él hubiera oído mal, o de que su mujer comprendiera al fin que no tenía que hablar de esas cosas y se callara la boca y no volviera a decir nunca más un disparate como el que dijo: "Ah che, vino la madre de Raúl", con un tonito de inocencia como si dijera: 'Ah che, vino, el almacenero de la esquina".

Y por eso lo mejor era arrugar el entrecejo y meterse entre los dibujos de la revista y enterarse de que Poncho Negro llegaba al pueblo de Dos Cascadas en el momento en que iban a ahorcar a un hombre y entonces entraba a todo galope por la calle principal y de un balazo cortaba la soga y después se enfrentaba con el jefe de la pandilla y le decía: "Vengo a arreglar una vieja cuenta contigo, Bill".

Pero no pudo saber lo que le contestó Bill porque la mujer volvió a decir: "¿Oíste?", mientras hacía ruido con las cacerolas. Y entonces tuvo que contestar: "Si, ¿qué le pasa a doña Cata?". Y carraspeó y siguió mirando la revista pero sin enterarse para nada de lo que le contestó Bill.

Y le dio rabia haber dicho "doña Cata", en vez de decir "esa mujer" o "esa tipa" como tendría que haber dicho, como hubiera sido lo justo, porque "doña Cata" eran las largas tardes de vera no pasadas en un patio lleno de sombra y un carrito de rulemanes que Raúl acomodaba continuamente y la hoja de cuaderno con la formación del cuadro —Oscar Cecilio Ferrara: back derecho, Raúl Casas: centreforward— y las figuritas de Raúl...

...y las dos tazas enlozadas con el café con leche humeante encima de la mesa, "A tomar la leche ahora, después siguen jugando", "Ya va-

mos doña Cata" y las manos hábiles de doña Cata sobre los trajes de murga, "Decile a tu mamá que me compre un metro de satén si quiere que le haga el disfraz a la Pochita" y la enredadera y la balaustrada y el ruido de la máquina de coser y la radio con la novela de las cinco y la alegría de estar allí tirado en la frescura del patio, sin apuro por volverse ni por hacer los deberes, satisfecho porque si de todo aquello que lo recibe a él, al Oscarcito, como algo familiar, como algo que también pertenece a la casa, degustando, naturalmente de ese tiempo sin medidas, distinto, prodigioso...

"¡Por el hijo, vino!" Sonó la voz de la mujer entre el chisporroteo del aceite. Pero él se quedó callado porque eso ya lo sabía y lo que quería que le contestara la mujer era lo que andaban buscando de él, lo que andaba buscando "esa tipa" de él, y por eso se agarró otra vez a la revista, para no tener que preguntarle nada.

"Vengo a arreglar una vieja cuenta contigo Bill."

"Vengo a arreglar una vieja cuenta contigo Bill." "Vengo a arreglar una viej... "

No aceptar el disparate, no verse atrapado por el disparate. (Y claro que vino por el hijo, pedazo de estúpida, ¿por quién va a venir?)

"Ande con cuidado Poncho Negro, desde hace una semana soy el alcalde de este pueblo, ¿me oye?" pero no pudo entender lo que significaban las palabras: cuidado, ponchonegro, alcalde, destepueblo, aunque no les quitaba la vista de encima para leerlas cuatro, cinco veces. No las entendió tampoco cuando dirigió la mirada hacia la puerta del dormitorio, no para observar la estera de juncos arrollada en lo alto, ni el bordado de las cortinas, ni el pedazo de uniforme que se alcanzaba a ver y que estaba a la entrada, colgado de una percha, sino para pensar en la contestación de Bill.

No las entendió porque el pedazo de uniforme tenía otras palabras cosidas a la tela junto con los botones dorados y que no eran: cuidado, ponchonegro, alcalde, destepueblo, sino otras palabras, palabras venidas desde muy lejos, palabras que él debía escuchar atentamente porque venían en la voz del hermano de su madre, del tío Antonio, a quien él tenía mucho respeto y por eso tenía que seguir mirando el pedazo de uniforme y decir: "Sí tía, sí tía", lo mismo que antes.

"Ahora sos un oficial de carrera Oscar, como si hubieras salido de la escuela, ¿entendiste?" Podés llegar muy arriba si querés, Depende de vos, ¿entendiste?" Y él como ahora dijo: "Sí tía, sí tía" porque como ahora no se le ocurrió decirle nada más que eso y porque el tío Antonio le inspiraba respeto y porque gracias a él iba a ser un oficial de carrera, como si hubiera salido de la escuela y además porque el uniforme chingaba un poco por delante y había que arreglarlo. El uniforme azul, el lindo uniforme azul con los botones dorados y la camisa celeste y la visera brillante cómo las alas de un escarabajo.

El lindo uniforme azul que él paseaba todas las tardes por las dos cuadras y media de la calle Espinosa al bajar del colectivo, el lindo uniforme azul que los chicos miraban con un poco de miedo a pesar de que quien lo llevaba era el Oscar de la otra cuadra y no un serio y desconocido oficial de policía. El lindo uniforme azul que obligaba a don Pedro a decirle: "Buenas, buenas" en vez de: "Chau pibe" como le había dicho siempre.

El lindo y elegante uniforme azul que le hacía cambiar la forma de pensar en algunas cosas, no en muchas, porque para casi todas las cosas él seguía siendo el Oscar, el muchacho de la otra cuadra, el chico

de los Ferrara, pero había cosas en las que no se podía pensar igual que antes, ¿me entiende señora?; ¿me entendés Raúl?, pero no les habló nunca así a doña Cata ni a Raúl, simplemente se fue apartando de ellos, los fue dejando de ver poco a poco, sobre todo cuando murió el padre de Raúl y ellos se mudaron a esa piecita de Villa Ballester.

"Ya va a estar la comida viejito, ¿eh?", y entonces pensó de pronto que a su mujer se le habían ido de la cabeza todos esos disparates y se agarró con fuerza a esa frase que era como una soga que le tendían para sacarlo de allí. Por eso le contestó alegremente, rápidamente, para tapar lo antes posible el silencio y evitar de que se llenara de nuevo con esa cosa, idiota de doña Cata y de que vino por el hijo. Y se frotó las manos y se arrimó a la cocina para revisar las cacerolas y para pasarle la mano por la cintura a su mujer y hacerle sentir en esa forma que ella era una cosa buena para estar allí, en la cocina, y para pasarle la mano por la cintura y para tocarle el traste, pero que no se metiera a hablar de lo que no le importaba y que se callara la boca de una vez por todas.

"Dice si vos sabés algo", volvió la mujer a darle vuelta a la manijita y era como si le rechazara el abrazo porque inmediatamente tuvo necesidad de retirar la mano de la cintura y de volverle la espalda y de dirigirse hacia afuera para arreglar una arruga del mantel y decirle mientras la alisaba, "Eso le pasa por meterse en líos".

"No te metás en líos Raúl" Estaban en un rincón del patio, junto a la enredadera y la gente llenaba la casa y de vez en cuando se acercaba alguno a Raúl y le recitaba su pésame y Raúl tenía los ojos enrojecidos por haber llorado o a lo mejor por falta de sueño.

Y él se había quedado solo con Raúl en el rincón del patio que ahora era un patio extraño, distinto al patio que él conocía, no solamente porque hacía muchos años que no se acercaba por allí, o porque algunas cosas las habían cambiado de lugar, sino porque las plantas, las macetas, aquella jaula, tenían ellas mismas una expresión distinta, como si pesara algo sobre ellas...

...No te metás en líos Raúl, haceme caso." Y era como si el patio o las macetas o aquella jaula hubieran llevado de pronto hacia ese tono fraternal.

Y Raúl lo miraba con los ojos enrojecidos y lo miraba de frente, violentando la posición del cuello para poder verle la cara. Y no dijo una palabra, no dijo: "Tenés razón Oscar, ésas eran cosas de muchachos", como era lo natural, lo que tendría que haber dicho, no lo escuchó como se escucha al hermano mayor, no señor, sino que lo seguía, mirando a la cara como si él fuera el hermano mayor, como si él lo estuviera aconsejando de alguna forma incomprensible con ese estúpido silencio que tenía algo de paternal y de compasivo.

"...Te lo digo por tu bien Raúl, haceme caso." y los ojos de Raúl lo seguían mirando con algo así como una expresión de lástima o de pena. "Por tu bien, ¿sabés?" Pero él sabía que no era solamente por su bien. En parte sí pero también por otra cosa. "Te lo digo por mí, por mi carrera Raúl, no seas pelotudo, ¿no ves que me estás embromando con esas pelotudeces? ¿No ves que me comprometés a cada rato? ¿No ves que allá todo se sabe y mañana pueden joderme a mí por haber sido amigo tuyo? ¿No comprendés pajarón?"

"¿Qué cosa le pasa?" y entonces se dio cuenta de que había aceptado el disparate, de que se había dejado atrapar por el disparate y más todavía

cuando su mujer le dijo casi como pidiéndole disculpas: "Quedó en venir esta noche, viejito".

Porque ya estaba allí el disparate, ya estaba allí tironeándole de los pantalones como un bicho molesto. Vendría la vieja y él tendría que decirle:

"Sientesé doña Cata" y "¿Qué la trae por aquí?" y todo aquello que había que ocultar estaría allí en todo momento, a sus espaldas, esperando un pequeño descuido suyo para asomar las narices y dejarse ver por doña Cata y para incitarla, a seguir preguntando más y para cansarlo con el esfuerzo de tapar todo aquello con miradas oblicuas al puño de la camisa y con frasecitas que él diría para que el disparate se mantuviese en su sitio, a una distancia conveniente, lo más lejos posible de sus pantalones "Sí, cómo no, cualquier cosa que sepa yo le aviso, váyase tranquila doña Cata, faltaría más".

Y él tendría que soportar además la mirada de doña Cata, que seguramente no sería de súplica porque doña Cata no era así, sino que le diría: "Mirá Oscar" y se le iría directamente al grano, como si le estuviera dando una orden, como si todavía lo estuviera tratando como a un chico, como cuando antes le decía: "Mirá Oscar, quiero que me traigas tal cosa del mercado".

"Cómo no, cómo no, váyase tranquila nomás." Y eso en el caso de que ella no supiera ya algo y viniera a decirle, así porque sí, lo que tendría que hacer. "No puedo señora, entiendámé, yo no puedo hacer nada, estos son casos especiales".

Porque la vieja no iba a entender que ahora era distinto. Que no era como cuando estaba en la veinticinco y venía don Mario para que lo aliviara de un par de boletas o venía Juan a diligenciar por alguna turríta en desgracia o algo por el estilo. Ahora era otra cosa.

Antes, a lo mejor, hubiera podido, ¿por qué no? haberlo seguido viendo a Raúl y hasta visitarlo en su casa, aunque prefirió no hacerlo por las dudas y porque el tío Antonio le había preguntado una vez: "Che, ese Raúl Casas, ¿es amigo tuyo?". Pero ahora no, ahora desde que lo pasaron a la octava era otra cosa.

"...Ponéte contento Oscar, te conseguí pase para la octava. Vas a ascender pronto allí."

Y él se presentó cuando le avisaron y era una mañana muy temprano y recorrió esa mañana por primera vez las cinco cuadras de la calle Urquiza hasta llegar al quinientos, pasando por Venezuela y miró las casas y la chapa de bronce de un médico y la verja del hospital Ramos Mejía y la gran arcada del *Garage Urquiza* pegada a la seccional y los miraba como saludándolos porque sabía que los iba a ver todos los días y "que se irían convirtiendo en cosas familiares, como la pared de don Pedro por ejemplo, o los adoquines de la calle Espinosa y los iría viendo después, tarde tras tarde, cuando saliera cansado de la oficina y recorriera otra vez esas cinco cuadras de la calle Urquiza, apurado por tomar el subte y con ganas de volver a su casa.

Y los toldos de las ventanas que daban hacia la calle ya estaban viejos entonces y se lo acuerda porque cuando él se presentó, el comisario Lombilla estaba hablando de los toldos y decía: "Che Saporiti, a ver si mandas cambiar esos toldos de una buena vez".

Y el comisario Lombilla era un tipo macanudo que se ocupaba de poner linda la comisaría y que había mandado colocar un hermoso nicho iluminado con la Virgencita de Luján, al final del corredor y que

debía ser como un padre para los empleados porque siempre decía: "Mis muchachos", y que lo miraba sonriendo cuando él le alargó la tarjeta con los saludos del tío Antonio.

Un tipo simpático que le dijo: "Muy bien Ferrara, me alegra que lo hayan destinado aquí. Su tío ya me ha hablado de usted". Y que le habló un rato de la importancia de su nuevo cargo, lo mismo que un padre, lo mismo que un amigo y que después, mientras guardaba todo su papelerío en un cajón, lo invitó a conocer a sus compañeros "Che Saporiti, acompaña a que se presente al Su".

"No puedo señora. No es culpa mía. Usted no conoce cómo es aquello. Yo no puedo hacer nada, nada ¿me entiende?"

O mejor todavía: "¡Váyase carajo que me molesta! ¡No venga más por aquí! ¡Yo no sé nada de nada!"

Porque así tendría que decirle a la vieja y no dejarla hablar y empujarla hasta la puerta para no verle más la cara y cerrar bien la puerta para que todo el disparate y la mirada de esa tipa y Raúl y la imbecilidad de su mujer quedaran allí afuera, en la calle, sin poder entrar a su casa, sin poder llegar arrastrándose por el patio para tironearlo de la manga y de los pantalones "Mirá Osear, vos podés decirme algo". "No señora, yo no puedo decirle nada, antes sí podía pero ahora no puedo, ahora es distinto."

Porque antes llevaba un lindo uniforme azul con botones dorados y trabajaba en la veinticinco y ahora no llevaba el lindo uniforme azul y trabajaba en la seccional de la calle Urquiza, en la octava, y había aprendido a conocer a muchos tipos como Raúl, tipos cabezones, que no hablaban y que lo obligaban a uno a hacerlos hablar y que se aguantaban los golpes de puro estúpidos y que por eso, porque eran estúpidos, no pensaban en sus familias y en sus carreras y andaban por ahí haciendo boludeces, tipos jodidos, como le había dicho Amoresano.

Y Amoresano era muy gordo y cuando se reía se le sacudía toda la barriga y conocía una punta de cuentos que contaba muy bien y que después él a la noche se los repetía a su mujer y siempre le hablaba mucho cuando trabajaban juntos o cuando no había nada que hacer y se encontraban para tomar unos mates. j. Y eso se lo había dicho la vez que trajeron a un viejo y Amoresano lo recibió y empezó a torcerle las muñecas y él viejo abría la boca como un pescado y hacía un ruido raro con la garganta y a Amoresano le dio rabia porque el viejo no hablaba y le pegó una trompada en el pecho y el viejo abrió más la boca todavía y se le pusieron los ojos en blanco y se quedó ahí mismo seco, sin pegar un grito siquiera. Y Amoresano le había dicho entonces eso de que estos tipos son jodidos y que así van a aprender.

Y ésa fue la primera vez que veía morir un hombre delante suyo y sintió una cosa que le tiraba en la nuca y se sintió mal y tuvo miedo de desmayarse pero no le dejó ver nada de eso a Amoresano sino que se mantuvo firme hasta cuando él mismo se agachó para buscarle inútilmente las pulsaciones al viejo y para preguntar después: "¿Y ahora, qué hacemos?" Se mantuvo firme porque Amoresano se hubiera reído de él y le hubiera contado después a todo el mundo que él había aflojado y lo contaría con mucha gracia imitándole los gestos y todos se morirían de risa y le tomarían el pelo porque Amoresano era muy chistoso y porque no era como González, un tipo seco, taciturno, con quien los muchachos hablaban poco y que le desconfiaban cuando les hacía alguna pregunta porque González era él mismo desconfiado y celoso de su puesto y porque era el ayudante de Solveyra Casares y tenía mucha banca y conocía algunas cosas que ellos no conocían. Y

González no golpeaba nunca sino que se las arreglaba con la máquina y para la máquina era incansable y era capaz de pasarse cuatro horas pegado al tablero manejando la corriente sin decir una palabra.

Y a lo mejor hubiera seguido recordando aquellos primeros meses en la seccional y sus primeras tareas y el primer ascenso y el aumento de sueldo, "Mirá viejita, ahora podemos comprar el lavarropas" y el automóvil negro que alguna vez llevó hasta su casa para sacarla a su mujer a dar una vuelta y ella se ponía contenta y ya le parecía que eran ricos y se hubiera olvidado de Raúl y de doña Cata y de toda esa cosa molesta que rondaba por ahí como un moscardón, si no fuera porque de pronto sonó el timbre de la calle y eso le hizo soltar los cubiertos en el plato y quedarse clavado en la silla como un imbécil viendo cómo su mujer se limpiaba la boca y se levantaba para abrir.

"Hola, adelante", oyó la voz de la mujer, todavía antes de escuchar el tintineo de la llave.

"Buenas m'hija, ¿ya llegó tu marido?" Y doña Cata venía caminando por el patio con su vestido negro y con sus tacos y con su maldita soltura y el vestido negro se iba iluminando poco a poco con la luz de la cocina y entonces pudo ver que no era negro del todo sino gris o negro y blanco.

Y doña Cata estaba un poco más pálida que otras veces pero no había cambiado nada, después de dos años, cuando el velorio del padre de Raúl y era siempre ella, segura, maternal, autoritaria.

Por eso él se levantó y colgó la servilleta en el respaldo de la silla y se encontró diciendo como un estúpido justamente lo que tenía pensado no decirle: "Siéntese doña Cata, ¿qué la trae por aquí?"

Y ella le recibió la silla y se sentó y cruzó las manos en la falda y le dijo mirándolo a los ojos, sin desesperación, sin rabia siquiera, simplemente mirándolo a los ojos como quien espera confiada una respuesta que era imposible negarle: "Mirá Oscar, vos sabés dónde está Raúl y tenés que decírmelo".

Y él iba a hablar para decirle que no sabía nada y que lo mejor que podía hacer era averiguar en la seccional de Villa Ballester o en el departamento central e hizo ademán de sacar un lápiz para anotarle la dirección y para decirle que podía ver al auxiliar Torres de parte suya.

Pero doña Cata no lo dejó terminar e hizo un gesto con la mano como si todo lo que estaba diciendo él fueran pavadas, cosas que ella esperaba oír antes de escuchar la verdadera respuesta, cosas sobre las que había que pasar por encima y arrojarlas inmediatamente a la basura con ese gesto tranquilo de la mano, antes de empezar a hablar en serio.

Y entonces se dio cuenta de que ella ya había estado, no una sino muchas veces, en todos esos sitios adonde él la quería mandar, nada más que para arrojar de sí aunque fuera por algunos días esa cosa absurda, ese disparate que veía acercarse, acercarse y que casi lo estaba tocando con los dedos.

Y tuvo que escuchar a doña Cata contarle con un tono inexpresivo, pero que bien podía ser de cansancio, todos los pasos que había dado antes de llegar a verlo a él. Y tuvo que mirarla cuando sacaba un papel arrugado de la cartera y le leía con una voz monótona, voz de haber repetido las mismas palabras muchas veces, el telegrama enviado por requerimiento del juez (así dijo ella: por requerimiento del juez): "Raúl Casas no ha sido ni está detenido en la Sección ni existe orden de arresto contra él". Firmado: "Cipriano Lombilla".

Pero ni siquiera pudo decirle: "¿Ha visto, señora?; ¡era como yo le decía!" porque doña Cata había guardado el papel en la cartera y lo miraba seria otra vez, atenta, como barriando con la mirada todas esas tonterías que querían interponerse entre ella y su respuesta, como acercándolo imperiosamente a ella con un abrazo de su voz, de sus ojos y hasta de su cuerpo, "vos sabés algo Oscar, decíme dónde está Raúl".

Y Raúl se le apareció por primera vez en las palabras que le oyó decir a González cuando los muchachos volvieron de la comisión: "A este Raúl Casas me lo llevan a la sala ahora mismo".

Y entonces sintió algo así como un sobresalto y tuvo miedo porque González había hablado a espaldas de él y porque no se había dirigido a él sino a los otros y porque seguramente lo estaba mirando y había visto o por lo menos adivinado su sobresalto.

Aunque pensándolo bien era difícil que González se hubiera dado cuenta de algo porque él siguió trabajando sin levantar para nada la vista de los papeles. Y no la levantó tampoco cuando oyó los pasos de los muchachos en el corredor ni cuando poco después pasó el mismo comisario Lombilla delante de la puerta y dirigiéndose al mismo lado.

Y siguió trabajando en ese sumario largo y engorroso aunque se había quedado solo en la oficina y los muchachos no estaban, ni González, ni ningún jefe estaba allí para controlarlo. Siguió trabajando aunque los renglones se subían a veces uno encima del otro y entonces tenía que sacudir la cabeza para volverlos a su sitio y poder entender lo que decían. Y se propuso no levantarse de allí hasta terminar con el sumario, aunque el trabajo le llevara toda la tarde y por eso miró la hora en el reloj de la pared y se dio cuenta de que ya habían pasado veinte minutos desde que los muchachos habían salido para buscar a Raúl y llevarlo a la sala.

Y de pronto se sobresaltó otra vez y otra vez volvió a sentir miedo y se puso a pensar que había cometido una tontería al quedarse allí y que quedándose allí se estaba denunciando él mismo y que González iba a confirmar con eso que ese Raúl Casas era amigo suyo y que todo eso lo iban a registrar después en su foja de servicios e iba a ser una contra brava para su carrera.

Por eso se levantó apurado del escritorio, dejando los papeles así como estaban, sin ordenarlos siquiera y se dirigió al corredor que estaba oscuro pero no hacia falta encender la luz porque un poco de luz llegaba de las oficinas y porque en el fondo del corredor estaba el nicho iluminado con la Virgencita de Luján que le señalaba el camino...

"Yo no sé nada señora, si el mismo comisario le está diciendo..." y doña Cata estaba allí, pesando con todo su cuerpo en la silla, con las manos cruzadas en la falda, mirándolo fijamente, escudriñando detrás suyo, como si el biombo extendido a sus espaldas hubiera empezado a desgarrarse y dejara filtrar ya un grito, una- partícula de todo aquello que estaba atrás, una hebra que doña Cata pretendía tomar con los dedos para arrancar todo y colocarlo de un golpe allí, encima de la mesa.

"...y si él le dice eso, señora..." y le pareció ver en aquellos ojos grises, serenos pero implacables, algo así como un relámpago de indignación o de desprecio, "... si yo supiera algo..." y deseó de pronto que el relámpago no estuviese dirigido hacia él sino al telegrama, o al comisario, o a la policía en general, pero no hacia él que era un buen muchacho, un muchacho de buen corazón, estimado por todos, dueño

de una carrera y de una mujercita y de un hogar honrado doña Cata, un muchacho decente, con ganas de progresar y que por eso había querido pasar a la octava donde la carrera se hace más rápido, aunque tuviera que soportar, como era natural, algunos inconvenientes como éstos.

"¿Te caliento la sopa viejito?", le dijo su mujer, a lo mejor con intención de quitar de en medio esa cosa tensa, oscura, que ella veía cernirse entre su marido y doña Cata y que era como un nubarrón o una tormenta que había que limpiar para que la sopa no se enfriara y para que su marido volviera a ser el maridito amable de todas las noches.

Y también para que ésa comprendiera que la estaba importunando y que el Oscar tenía razón y que si a su hijo lo habían metido preso por algo sería y que no volviera a molestarlo al Oscar con cosas que seguramente lo iban a comprometer.

Pero él, como un pavo, no pensó que le estaba haciendo un favor y contestó: "No, deja", sin mirarla siquiera y la seguía mirando en cambio a doña Cata, con una cara de pavo tan grande que cualquiera se daba cuenta que estaba ocultando algo y que como siguiera cinco minutos más lo iba a desembuchar todo y no iba a pensar que con eso se estaba perjudicando y la estaba perjudicando a ella y a la casa, porque después de eso seguramente le rebajarían el sueldo o lo pasarían a otra seccional o lo despedirían del empleo sin más trámites y se quedaría en la calle sin poder comprar la heladera, ni arreglar la casa, ni hacer todo lo que siempre habían hablado.

Y ella tenía que quedarse allí, sin poder hacer nada, viendo cómo la vieja esa lo engatusaba y le iba a hacer soltar todo, porque el pavo de su marido no hacía más que mirar los dibujitos del mantel y decir, como si hubiera perdido toda la imaginación, como si no supiera decir otra cosa: "No sé nada doña Cata, le aseguro que no sé nada".

...y cuando le abrieron la puerta de la sala tuvo que entrecerrar los ojos porque en la sala había mucha luz y él había venido caminando por el pasillo que estaba oscuro y después había bajado por la escalera que también estaba oscura y por eso el verde pálido de las paredes le lastimaba la vista.

Y Raúl estaba acostado sobre la mesa y estaba desmayado y las correas de las manos se las habían desatado porque estaban mal puestas y las movían para arreglarlas y de paso arreglaban la sábana mojada que tenía debajo y que se había corrido y aprovechaban a hacer todo eso ahora que estaba desmayado.

Y González tenía la picana en la mano pero no la usaba porque la cara del comisario Lombilla estaba muy cerca de la cara de Raúl, mirándolo atentamente y diciendo: "Vamos a esperar un rato".

Y entonces Amoresano, que siempre le gustaba hacer ver que sabía mucho, dijo que estaba contraído y que había que ablandarlo. Y para eso le pegó en las mandíbulas con el puño cerrado y Raúl exhaló algo así como un quejido y movió la cabeza. Y después le siguió pegando en el cuerpo y en la cara y el comisario Lombilla le agarró los pelos y le levantó la cabeza para adelante y se la golpeó fuerte contra la mesa.

Y la cabeza hizo un ruido seco que se le metió en el estómago y le produjo náuseas y los golpes de puño se le metían también en el estómago y él tenía que encorvarse y apretar los músculos para que no le doliera. Y así, apretando los músculos, se fue acercando a la mesa porque no podía pasarse toda la vida allí, parado al lado de la pared.



Y Raúl seguía desmayado, por suerte, y no lo podía ver, pero él sí podía verlo porque se acercaba de atrás y entonces se le fueron apareciendo el cabello mojado y los moretones y el hilito de sangre junto a la boca y todo el cuerpo desnudo de Raúl que parecía brillante con la luz de la lámpara.

Y él hubiera querido preguntar si iban a seguir ahora, nada más que por saberlo o para preparar los músculos, los dientes y la cabeza al ruidito de la picana, pero no preguntó nada sino que se quedó ahí, mirando a Raúl y a González y a los muchachos que estaban todos en mangas de camisa y mirando también a Raúl a ver si se despertaba y oyéndolo a Amoresano que decía con un tonito de broma que los hizo reír a todos: "Te jodiste González, ahora hay que parar".

"Creamé doña Cata, si yo pudiera ayudarla en algo..." Pero tuvo que seguir mirando los dibujitos del mantel y arañándolos con un dedo porque le pareció que doña Cata sabía más que lo que había dicho y que en alguna forma estaba viendo detrás suyo el cabello mojado de Raúl y los moretones y el hilito de sangre junto a la boca y la risa de él cuando Amoresano dijo: "Te jodiste González, ahora hay que parar" Y cuando los muchachos desataron a Raúl y se lo llevaron y él se volvió con los otros a la oficina.

Todo eso lo estaba viendo y por eso se plantaba en la silla y lo miraba a él y le decía con el mismo tono de paciencia pero que sin embargo tenía algo de seguro, autoritario: "¿Por qué no me lo decís Oscar? Nadie va a saber que fuiste vos. Decíme cómo está Raúl, nada más que eso te pido".

Porque ella no tenía que saltarle al pescuezo y clavarle las uñas y morderse hasta hacerle decir una por una todas las cosas que ése ocultaba como un imbécil y después matarlo allí mismo y pisotearlo por imbécil y por asesino, no tenía que hacer eso sino gobernar cada palabra, cada inflexión de voz, manejarla como una caricia para que el imbécil le dijera lo que era indispensable saber, "Decíme cómo está Raúl, Oscar".

Porque si hacía lo que sus manos y su vientre y su sangre le estaban pidiendo lo podía perjudicar más a Raúl, porque ése, de cobarde, se vengaría en Raúl y no en ella porque a ella no se atrevía ni a mirarla a la cara. Y porque los compañeros de Raúl estaban trabajando y la huelga tuvo que aparecer en los diarios y un compañero de Raúl le dijo que tendrían que soltarlo a la fuerza. Pero éste sabía dónde estaba y tendría que decírselo y tendría que hacerle llegar a Raúl todo el amor y toda la rabia que ahora se le desbordaban por los ojos y las palabras de los compañeros y lo de la huelga y también tendría que cuidarlo y evitar de que le pegaran y arrojarse cuando tuviera frío y si no le podía alcanzar el paquete con comida por lo menos vigilar que le dieran de comer.

"Pensá que han sido tan amigos Oscar. Prométeme que te vas a ocupar de él. De que lo traten bien."

Y ahora era otra cosa, porque si ésta no preguntaba más, si se dejaba de jorobar con sus preguntas entonces se podía conversar y se podía decir que sí, que en caso de que lo viera se ocuparía de Raúl y de que lo trataran bien, "pierda cuidado doña Cata".

Porque después de todo, algo se podía haber hecho y el compromiso no era para tanto. Porque ahora que quienes lo estaban mirando eran doña Cata y su mujer y no el comisario Lombilla, ni González, ni los muchachos, podía pensar más tranquilo y hasta darse cuenta que a lo mejor había exagerado las precauciones y que González no lo estaba

vigilando cuando dijo: "A este Raúl Casas me lo llevan a la sala ahora mismo" y que mañana no le costaba nada hacerse una corrida hasta el calabozo del fondo, el de Raúl, y preguntar cómo estaba y decirle al que estuviera a su cargo que ése era un tipo que había que vigilar porque lo iban a tener que soltar pronto y no podía salir muy marcado.

Y en esa forma cumpliría y se sentiría un buen muchacho, un muchacho de buen corazón, como se había sentido siempre y dejaría de tener aquel ruido seco de la cabeza y los golpes de Amoresano metidos en el estómago.

Y él no sería un cabrón que se quedaba sin mover un dedo cuando delante suyo torturaban a un amigo sino un buen muchacho, un muchacho de buen corazón que, dentro de lo razonable, había hecho todo lo posible por aliviarlo. "Váyase tranquila doña Cata, yo me voy ocupar."

Y su mujer no sabía si alarmarse porque el Oscar estaba prometiendo una cosa que lo iba a perjudicar, o alegrarse porque en esa forma se sacaba a la vieja de encima y de todas maneras lo mejor era no decir nada porque antes de mañana había tiempo para conversar y para hacerle ver bien las cosas en caso de que su marido se fuera a meter en un compromiso.

Pero doña Cata descruzó las manos que estaban sobre la falda y las apoyó sobre la mesa y se recostó en el respaldo de la silla y era como si se hubiera relajado después de un gran trabajo o de una gran tensión.

Y sus ojos tuvieron otra mirada, que no era dulce pero que era otra mirada, porque ella había comprendido las palabras del Oscar y sabía que, no mucho, pero algo iba a hacer, no tanto porque le había dicho: "Yo me voy a ocupar doña Cata", sino por ese gesto suyo de apartar la copa o por el tono de la voz, o porque de alguna manera ella sintió que el Oscar se ocuparía.

Y entonces pensó que lo mejor era retirarse ahora, antes de que el Oscar se pusiera otra vez a arañar los dibujos del mantel y a mirar de costado o se encerrara en alguna de esas frases sonsas que él decía nada más que para quitársela de encima.

O antes de que a ella misma se le derrumbara toda la energía con que había manejado cada palabra y cada gesto y perdiera las fuerzas y se pusiera a llorar ahí mismo o se le fueran las manos al pescuezo de ése y dejara escapar para siempre lo poquito que había ganado.

Por eso se levantó cuando él la estaba mirando todavía, después de haber dicho aquello de "Váyase tranquila doña Cata, yo me voy a ocupar" y cuando ella sintió que algo le estaba pasando por dentro al Oscar porque esa vez decía la verdad.

Por eso tomó la cartera que había dejado sobre la mesa y le tendió la mano a la muchacha que se apresuró a levantarse para acompañarla hasta la puerta y le tendió la mano al Oscar, pero a él se la retuvo y se la apretó fuerte y se quedó mirándolo a los ojos para que la promesa quedara allí, firme, adherida a la mano y a los ojos del Oscar y para que no se desprendiera de allí cuando ella estuviera en la calle.

Y él sintió la mano de doña Cata apretándole la suya y con el apretón tuvo conciencia de haber cometido una buena acción y que al fin y al cabo no era tan difícil ser un buen muchacho y conformarla a doña Cata para que se fuera tranquila.

Y cuando doña Cata le soltó la mano él iba a decirle: "Cualquier cosa que sepa yo le aviso", para que la vieja no se apareciera por ahí todos los días y esperara tranquila que él le hablara por teléfono, pero ella ya había dado media vuelta y caminaba hacía la puerta acompañada de su mujer y el vestido volvía a parecer negro en la oscuridad del patio y no gris o negro y blanco como era cuando lo veía de cerca y los tacos de doña Cata resonaban en las baldosas y después siguieron golpeando en la calle cuando su mujer cerró la puerta y cuando volvía por el patio con el tintineo de las llaves.

Y la mujer no tenía apuro en hacerse explicar bien las cosas, porque total había mucho tiempo y era preferible hablar después, cuando tuviera la cocina limpia y pudiera sentarse para hablar con tranquilidad.

Por eso no preguntó nada sino que soltó un bufido al ver la sopa helada sobre la mesa y a su marido leyendo la revista de historietas con la silla inclinada contra la pared y dijo: "¡Ahora hay que calentar de nuevo toda la comida!" y lo dijo con rabia porque se estaba haciendo tarde y esta cena no se acababa nunca y porque en esa forma ella terminaría de limpiar la cocina a las mil quinientas.

Y él ni la miró cuando se llevaba los platos para volcarlos otra vez en la olla porque Poncho Negro lo había atacado a Bill y le había hecho soltar el revólver de un puntapié y se había esquivado el golpe que el feroz compinche de Bill le había querido dar por atrás y ahora estaba peleando a puño limpio con todos los bandidos.

Por eso tuvo que hacer un esfuerzo para retirar la mirada de la revista y levantarse de mala gana cuando después sonó el teléfono y tuvo que dejar a Poncho Negro peleando contra todos para descolgar el tubo y escuchar una voz pagada que le decía:

"Che Ferrara, véngase en seguida para aquí." Pero no pudo averiguar bien el motivo por el cual tenía que dejar todo y salir en seguida para la oficina, aunque lo preguntó varias veces, porque la voz no pudo aclararle nada y porque lo único que pudo oír fueron unas pocas palabras que la voz dijo antes de que escuchara el ruido de colgar el receptor:

"Los muchachos..."

Y él tuvo que preguntar: "¿Cómo? ¿Qué cosa?" porque en el teléfono había mucho ruido y no se podía oír bien o porque la voz le hablaba despacio, como con medias palabras, o porque la voz no le quería decir otra cosa:

"Parece que se les ha ido un poco la mano."

## Humberto Costantini

### La valija

De *Cuentos completos 1945-1987*, Buenos Aires, Ediciones ryr, 2010.

Ahora que el dolor lacerante del vientre le daba un momento de respiro, Antonio Deluca miraba a sus compañeros de pieza. Eran las dos de la mañana y todos dormían. Dormía José, el santiagueño, con una revista de historietas encima de la cara. Dormía Hernández echado de bruces y abrazado a los barrotes de la cabecera. Dormía don Pedro con la boca abierta y roncando ruidosamente. Los tres dormían.

Pero a Antonio Deluca el dolor lo había desvelado. Y no podía dormir. Pensaba. Miraba casi con rabia a los tres hombres dormidos y pensaba.

El hubiera querido distraerse imaginando sonseras o recordando cosas lindas. Pero no, los pensamientos se le pegaban a los mismos problemas, se le remejían en las mismas preocupaciones de siempre.

Porque ese dolor sordo y la calma vigilante que le seguía, le desnudaban el filo de los nervios, lo picaneaban hasta hacerle sentir esos problemas, esas preocupaciones en toda su insoportable nitidez.

El timbre de alarma de un cercano paso a nivel le pareció de pronto el llamado de un monstruoso teléfono. Apremiante llamado que estaba dirigido exclusivamente a él, a Antonio Deluca, reclamándolo, urgiéndolo a levantar el tubo para escuchar el bordoneo de una voz gangosa que lo amenazaba.

—El teléfono. Hoy me llamaron por teléfono. Fue el Gaitano. Pero no hablaba él. Me hizo llamar por uno de los suyos. Me amenazaron: "Oiga, mozo, lo esperamos mañana a las once, a las once, ¿me entiende?" El Gaitano es capaz de todo. Yo lo conozco. Quiere cobrarse su plata y yo ni tengo para pagar la pensión. Un año ya que ando en esto y no me levanto, no me levanto. No me levanto más. No sirvo para esto.

El Cholo tiene un departamento en calle Viamonte.

El Cholo sí que sirve. Siempre fue un jefe. Ahora la va de empresario. El Cholo tiene condiciones. Yo no. ¿Eh, don Pedro? Yo no. Pero usted duerma nomás. ¡Usted qué sabe de estos asuntos! Usted no sabe que yo hace un año que me la paso robándoles moneditas a los mamados en el Parque Retiro. Nada más que moneditas. Porque no sirvo para otra cosa. No soy como el Cholo. Usted duerma nomás. Ayer me preguntó de qué trabajaba. ¡Gringo infeliz! Igual que mi viejo.

Trabajan, trabajan hasta que se mueren trabajando. Mi viejo era así. Trabajaba de peón de albañil, igual que este gringo. Nunca tuvo un centavo. Después se murió y la dejó a la vieja en la miseria.

Los hijos fueron todos unos atorrantes. Menos yo.

El único decente era yo. Hasta hace un año.

Mi hermano mayor, ¿sabe, don Pedro?, trabaja de Tarzán en un circo. Y además es pequero. Mi hermano menor, el Gaitano, levanta juego. El único decente era yo. Ganaba novecientos pesos por mes y mantenía a la vieja.

Después, cuando la vieja se enfermó, necesité plata... Me metí en deudas... Anduve un tiempo con el Gaitano... qué sé yo... Y vine a parar a esto, a robarles a los mamados en el Parque Retiro. ¿Qué me dice, don Pedro?

Pero después el dolor vino de nuevo. Y era como una nube negra, una polvareda que se iba acercando, acercando, hasta que lo envolvía por completo. Los pensamientos, los recuerdos, las cosas que le mariposeaban en la cabeza, desaparecían como empujados por la nube negra, y entonces Antonio Deluca se quedaba solo con eso que le mordía allí en el vientre.

Se prendió fuerte a los barrotes, ahogó un gemido, barbotó un insulto y por cuarta vez en esa noche estuvo tentado de despertar a alguien.

Hasta que la nube negra se alejó. Antonio Deluca, encendió un cigarrillo; las manos le temblaban como las de un viejo.

—No doy más. Toda la tarde y toda la noche así.

Esto debe ser serio. El Gaitano me espera mañana a las once. Y al Gaitano no se le puede decir: "Estuve enfermo". Él no transa con esas cosas. Tengo que hacerme ver. Tengo que ir al hospital ahora mismo.

Apresuradamente se incorporó y comenzó a vestirse. El espejo le mostró una cara intensamente pálida, sobre la que caían algunos mechones de cabello negro, mojado por el sudor.

\* \* \*

—Lo internaremos inmediatamente —cuchicheó el jefe de guardia a una doctora joven que lo había atendido en el primer momento—. Úlcera perforada, ¡qué barbaridad! No sé cómo llegó caminando al hospital. No lo descuiden. Vigilen corazón. Yo estoy arriba, así que me avisan cualquier cosa que noten. A las ocho, cuando llega Moran, lo subimos a la sala de operaciones. Si es que está vivo todavía. Hasta luego.

—Hasta luego, doctor —dijeron a un tiempo la doctora y otro de los médicos de guardia.

Los dos, la doctora y el médico, estaban como alhelados. La presencia allí, en la sala de primeros auxilios de ese hombre que había llegado solo, tambaleándose, al hospital y la certeza de que se encontraba en peligro de muerte los turbaba. Los turbaba a pesar de la aparente insensibilidad profesional que pretendían mostrar.

Aplicaron los calmantes y convinieron en turnarse para vigilarlo. Cada cuarto de hora uno de los dos iría a verlo.

Si usted quiere acostarse, doctora, yo me encargo del enfermo.

—No, no; yo me voy a quedar levantada también.

Y comenzó la vigilancia asidua. El acechar implacable de los pasos de la muerte.

La primera en visitarlo fue la doctora. Antonio Deluca, acostado en medio de una sala grande con doce camas, la vio acercarse desde la penumbra, llegarse hasta su lado, tomarle la muñeca, sonreírle y escuchar por un tubo de madera que le aplicó en el pecho.

—Ya está un poco mejor, ¿eh? Yo vuelvo dentro de un rato. Hasta luego.

Y miró su guardapolvo blanco desdibujarse en la oscuridad del pasillo. Sí, ya estaba algo mejor. ¿No fue acaso una chambonada el haber venido al hospital? Unas inyecciones y eso que se le venía encima, la nube negra, la polvareda, había desaparecido. El vientre le dolía, sí, pero no como antes. Podía pensar, estaba más tranquilo. Una chambonada. Si hubiera aguantado un poco más, el dolor se le hubiera pasado sin necesidad de inyecciones. Mañana podría encararlo al Gaitano, explicarle, rogarle y a lo mejor, quien sabe, lo esperaba una semana más.

Además, mañana las preguntas. Porque hoy no le preguntaron nada, pero mañana... nombre, domicilio, profesión... eh... lo de siempre. Para qué se le habrá ocurrido venir al hospital...

No tenía sueño, miraba a un lado y a otro y sus ojos ya acostumbrados a la penumbra distinguían los bultos blancos de las camas alineadas.

Desde el fondo de la sala le llegaba el quejido monótono de un operado.

—Sí, mañana digo que estoy mejor y me mando a mudar. El hospital no me gusta. Me hace pensar en la vieja. A ella también la llevaron al hospital... al final, cuando ya no había nada que hacer. Cuando ya me había fundido en farmacia y visitas a los médicos. Estaba en una sala parecida a ésta. Igual que ahora, un quejido bestial que nunca supe de dónde venía, me chicoteaba los nervios.

—¿Qué tal, mi amigo? ¿Todavía despierto? —oyó que lo saludaba con cordialidad el médico—. Vamos a escuchar un poco por ahí adentro, ¿quiere? No respire, eso es.

Y otra vez sintió el tubito de madera contra el pecho espiándole los latidos.

Después el médico se le sentó en el borde de la cama y le habló un rato para distraerlo.

—Ese que está al lado suyo sí que la sacó barata. Lo golpeó un colectivo. Pero no tiene nada. Lo internamos anoche por las dudas y está perfectamente bien. Es un corredor de seguros de lo más aspaventoso. Gallego, para colmo. Quería meter preso a todo el mundo. ¿Se da cuenta?...

...En fin, yo me voy a dar una vuelita por la guardia. Quédese tranquilo. ¿Qué hora es? Las cinco. Dentro de un ratito llega el cirujano y vamos a ver qué dice.

Y el médico se alejó haciendo jugar el tubo de madera en su mano derecha.

En la sala de guardia se encontró con la doctora, quien lo recibió con una mirada de interrogación.

—Sigue mal. Se ha animado un poco, pero sigue mal. El pulso se le va por momentos.

El cirujano, sí. Está bien listo si me piensa ver el cirujano. Mañana digo que estoy bien y me mando a mudar. Eso es, me mando a mudar. ¿Eh gallego? Nos vamos los dos, ¿no es cierto? Así que éste quería meter preso a todo el mundo. Y mire como ronca ahora. Lo mismo que don Pedro.

"Y usted, ¿de qué trabaja?" Sí, ya te veo, mañana me lo vas a preguntar. ¡De qué trabajo, de qué trabajo! Yo era peón en una fábrica de aceite. Ganaba novecientos pesos por mes, ¿me oye? Novecientos pesos por mes. ¿Y sabe a cuánto había llegado la cuenta de la farmacia? A mil setecientos cincuenta y dos pesos.

El Gaitano —mi hermano menor se llama Gaitano, ¿sabe gallego?— se ofreció para ayudarme.

Al salir del trabajo iba a levantar números en tres cafés. Una noche nos agarraron. A mí me soltaron en seguida porque no tenía antecedentes. Y mi hermano se las arregló... usted sabe cómo, ¿no?

Pero al llegar a fin de mes me despidieron de la fábrica. Tenía tanta rabia que me lo fui a ver al Cholo. Al Cholo lo conocía de chico. El también me conocía. Me conocía demasiado. Se acomodó en la mesa del café, tinguitió la ceniza del cigarro y me dijo sonriendo: "No pibe, no te necesito".

yo sabía qué me quería decir con esa sonrisa.

Quería decir que no me tenía con fianza. Que yo había sido un burro de carga toda la vida. Que no era como él ni como el Gaitano. Que no tenía condiciones.

No tenía condiciones. ¿Me entiende gallego? Por eso empecé a trabajar solo. De rabia.

El corredor de seguros se dio vuelta en la cama y ese movimiento le hizo fijar la atención en su rostro abotagado y vulgar. El pelo canoso y ralo le sombreaba apenas la frente. Una mano rolliza le pendía al costado de la cama señalando el piso.

Por contraste le pareció extraordinariamente pequeña y suave la mano de la doctora, quien volvió a tomarle la muñeca con la vista clavada en el reloj. Casi no entendió lo que dijo y ligeramente tuvo conciencia de que sus ojos claros no le sonreían como antes, que en cambio lo miraron serios y atentos y que aún lo seguían mirando cuando ya se alejaba por el pasillo.

—Y ahora no me levanto. No me levanto más. No tengo ni para pagar la pensión. "Oiga mozo, lo esperamos mañana a las once, a las once, ¿me entiende?" Pero no era él el que hablaba, sino uno de los suyos. El Gaitano es capaz de todo. Yo lo conozco.

Antonio Deluca traspiraba. De pronto tuvo miedo. Miedo de que el Gaitano se le acercara ahora, allí mismo, para insultarlo o para matarlo.

El quejido que llegaba del fondo de la sala lo sobresaltó. El vientre se le había hinchado y le dolía horriblemente otra vez.

Pero Antonio Deluca no pensaba en su dolor. Quería huir de ahí cuanto antes, alejarse del hospital que lo maniataba, que lo entregaba indefenso a su hermano o a la policía.

—¡Plata necesito yo y no sonrisitas! Todavía tengo tiempo para hacer algo, si me voy.

Giró la vista en torno suyo con ojos extraviados.

El corredor de seguros seguía revolviéndose en la cama. Lo miró y entonces fue cuando vio allí, al lado de la mesa de luz, la valija grande de cuero que el hombre había llevado para internarse.

La decisión fue cosa de un segundo. Ahora era el momento. El médico tardaría en volver. No se oía a nadie en el pasillo.

Descorrió de un golpe las cobijas y al intentar moverse un dolor violento lo paralizó. Temblaba de pies a cabeza. El Gaitano es capaz de todo. Oiga mozo, lo esperamos mañana a las once, a, las once, ¿me entiende?

Mordiéndose para no gritar, haciendo palanca con los brazos, consiguió apoyarse en el suelo. Estaba mareado, sentía náuseas. Calzarse el pantalón significó un esfuerzo interminable. Pero la voluntad lo mantuvo de pie. La voluntad, el miedo y la urgencia de terminar aquello cuanto antes.

¿Trescientos pesos habría en la valija? ¿Doscientos? Mañana se los llevaría al Gaitano. Mañana a las once.

El teléfono. El teléfono sigue llamando.

Las piernas se le aflojaban cuando se deslizó hacia la cama de al lado. El corredor de seguros masticó una especie de gruñido. Antonio DeLuca, inmóvil, en acecho, lo observó. Dormía profundamente.

La otra puerta de la sala estaba abierta. Por ahí se sale al jardín y luego a la calle.

Con movimiento preciso levantó la valija y empezó a caminar. Los bultos blancos de las camas alineadas fueron quedando atrás uno por uno.

El aire frío de la noche lo estaba esperando al pie de la escalera.

Agarrándose el vientre, casi quebrado en dos, traspuso la puerta del hospital y caminó. Caminó hacia su muerte apretando en la mano, con fuerza, la valija.

Su sombra se bamboleaba sobre los adoquines de la calle y parecía un barquito sacudido por invisibles olas.



## Humberto Costantini

### Lección de inglés

De *Cuentos completos 1945-1987*, Buenos Aires, Ediciones ryr, 2010.

¿La puerta de la habitación está abierta?  
No, señor, la puerta de la habitación está cerrada.  
¿La ventana está cerrada?  
No, señora, la ventana está entreabierta.  
¿Qué hay en la habitación?  
En la habitación hay una mesa, dos sillas,  
un sillón y un ropero con espejo.  
¿Está la habitación en la planta baja?  
No, señor, no, señora, la habitación está en el primer piso.  
¿Quién está en la habitación?  
En la habitación está María.  
¿Qué hace ella?  
María está escribiendo; ella está haciendo sus ejercicios.  
¿Está ella de pie? No, señor, ella está sentada frente a la mesa.  
¿Qué puede verse a través de la ventana entreabierta?  
A través de la ventana entreabierta puede verse la calle.  
¿Qué hay en la calle? En la calle hay un auto.  
¿Quiénes descienden del auto?  
Del auto descienden cuatro personas.

Las cuatro personas que descienden del auto son dos hombres y dos mujeres. Ellos entrarán en la casa. Seguramente ellos entrarán en la casa porque uno de los hombres está mirando hacia la ventana, detrás de la cual se encuentra María. María está escribiendo sus ejercicios. El hombre que mira hacia la ventana es el más joven. El otro hombre, el de más edad, en cambio, está echando llave a la puerta del auto.

Una de las mujeres también está mirando hacia la ventana. La mujer que está mirando hacia la ventana es alta y morena; aparenta tener unos cuarenta años. Ella lleva tapado de piel. La otra mujer viste más sencillamente. Es joven y linda. La mujer joven y linda se ha tomado del brazo de la mujer alta y morena. Ella se ha tomado del brazo para sostenerse. Los otros no miran a la mujer joven y linda que se ha tomado del brazo para sostenerse. Al parecer ellos no dan a esto mucha importancia. Tal vez más de cuarenta años. Pero muy bien conservada o muy arreglada.

El hombre joven es calvo. El hombre joven es muy pálido además. Él tiene aspecto de enfermo.

El hombre de más edad sonrío. El es el único que sonrío. María no sonrío. María está seria y concentrada escribiendo sus ejercicios.

María estaba seria y concentrada escribiendo sus ejercicios. Ahora no. Ahora ha oído algo que le ha hecho levantar la cabeza. Ella ha mirado hacia la calle a través de la ventana entreabierta. Ha visto al hombre joven y calvo que miraba hacia la ventana. Ha visto al hombre de más

edad que sonreía. También ha visto a la mujer joven y linda tomada del brazo de la mujer alta y morena. Tal vez algo menos de cuarenta años.

María ha dejado de escribir. María tiene en la mano el papel sobre el cual estaba escribiendo. No es un cuaderno. No es un papel para cartas. Es un trozo cualquiera de papel. María no estaba haciendo sus ejercicios. María no estaba escribiendo una carta. María estaba escribiendo en un pequeño trozo de papel de envolver. Ahora pliega muchas veces el trozo de papel de envolver sobre el cual estaba escribiendo. Ahora guarda el trozo de papel en su pecho. Ahora se lo quita del pecho y lo coloca dentro de su zapato. María esconde el pequeño trozo de papel sobre el cual estaba escribiendo.

María no ha dejado de mirar hacia afuera a través de la ventana entreabierta. A través de la ventana entreabierta todavía se alcanza a ver al hombre de más edad. El hombre de más edad tiene las llaves del auto en la mano. Al hombre joven y a las dos mujeres, a la mujer linda y joven Y a la mujer alta y morena, no se los puede ver. Ellos vienen. Ellos han de entrar en la casa.

Ahora no se ve a nadie a través de la ventana entreabierta. Solamente puede verse el auto. El auto está estacionado frente a la casa. El auto está estacionado en una pequeña calle solitaria. Podrían ser las cinco o las seis de la tarde, porque a través de la ventana entreabierta se ve que está oscureciendo. En la calle hay cercos de ligustro y hay jardines. También puede verse otra casa, la cual tiene aspecto de chalet. Solamente otra casa semiescondida por el cerco de ligustro y por los jardines. No es un barrio comercial. No es un barrio obrero. Casi seguramente es un barrio residencial.

La ventana no está entreabierta. La ventana está cerrada. Solo los postigos estaban entreabiertos. María se ha puesto de pie y ha abierto totalmente los postigos. Ahora se ve bien que la ventana estaba cerrada.

Ellos vienen. María sabe que ellos vienen. Ellos han subido los cinco escalones hasta la puerta cancel, y allí han aguardado al hombre de más edad. El hombre de más edad ha abierto la puerta cancel con una de las llaves que traía en la mano. Ahora los cuatro han entrado en la casa. La mujer alta y morena se ha desprendido del brazo de la mujer joven y linda, y sube por una escalera. Ella sube adelante, sola. Detrás de ella marcha el hombre joven y calvo ayudando a subir a la mujer joven y linda. Detrás de todos marcha el hombre de más edad, el cual está guardando las llaves en su bolsillo.

Ellos ríen. Todos ellos han reído, de pronto. También la mujer alta y morena que marchaba seria adelante ha reído. Ella ha reído sin mirar hacia atrás. La mujer joven y linda ríe sentada en un peldaño de la escalera. El hombre joven y calvo ríe mientras la toma del brazo para levantarla. El hombre de más edad también ha reído. Luego ha dicho algo, y la mujer joven y linda se ha levantado sola, apoyándose en el pasamano de la escalera. Ella marcha ahora sin apoyarse en el brazo del hombre joven y calvo. El hombre joven y calvo sube junto al hombre de más edad. La mujer joven y linda se ha quedado atrás. Ella también sube. Algo tambaleante sube.

María está con la espalda apoyada en el marco de la ventana y mira hacia la puerta. Ella tiene los brazos cruzados sobre el pecho. María es más joven aun que la mujer linda y joven que sube tambaleante por la escalera. María tiene el cabello lacio caído sobre los hombros. Viste un pulóver de color claro y una falda amplia de color oscuro. María, con los brazos cruzados sobre el pecho, está mirando hacia la puerta. La puerta aún está cerrada. María mira hacia la puerta que aún está cerrada. Ahora ella ha oído ruido de llaves detrás de la puerta. Ella sabe

que la puerta se ha de abrir. Ella espera, María espera que la puerta se abra.

Ahora la puerta se ha abierto. Han abierto la puerta con una llave desde afuera de la habitación, y alguien ha entrado en la habitación. Quien ha entrado en la habitación de María es la mujer alta y morena.

María mira a la mujer alta y morena con los brazos cruzados sobre el pecho. La mujer alta y morena se le acerca sonriendo y la toma por los hombros. Ella ha dicho "María" y después ha dicho algo así como "caramba", o "vamos", o "no hay que tomar las cosas en esa forma". Mientras dice esto ha tomado a María por la barbilla. Luego le habla en voz baja, y le acaricia los cabellos, y la invita a sentarse. Con un lento gesto la ha invitado a sentarse. María ha dicho "estoy bien" mientras se ha puesto a mirar de nuevo hacia la puerta. Por la puerta alguien ha asomado una mano. La mano llama, o invita, o hace señas de pasar a otra habitación, o de salir de la habitación donde se encuentra María.

La mujer alta y morena, sin separarse de María, dice que no con la cabeza. Luego levanta una mano con la palma hacia adelante como diciendo que espere o que esperen. Después se acerca a la puerta y habla en voz baja con el dueño de la mano.

El hombre joven y calvo no es el dueño de la mano. El hombre joven y calvo bebe sentado en un sofá gris junto a la mujer joven y linda. La blusa blanca de la mujer joven y linda se encuentra en el suelo, tirada junto al sofá gris.

La mujer alta y morena se llama Aída. El hombre de más edad ha dicho "salí Aída". Ha dicho también "dejame que yo lo arreglo". La mujer alta y morena llamada Aída ha contestado que no. Ha agregado luego algo parecido a "estúpido", o "bruto", y ha pedido una botella y dos vasos. "Vos anda para allá", ha dicho después.

La mujer alta y morena bebe. María tiene un vaso en la mano y bebe también a pequeños sorbos. La mujer alta y morena acaricia los hombros de María mientras le dice "querida" y "no es cierto que ya te sentís mejor".

María ha dejado de beber y sonrío. Tiene una sonrisa agradable María. Un poco ingenua, un poco tonta o ausente, pero agradable.

Algo ha dicho la mujer alta y morena acerca de la sonrisa de María. Algo le ha dicho porque ella ha dejado de beber y ha caminado hasta el espejo del ropero para mirarse mientras sonrío. Al caminar hacia el espejo ha tropezado ligeramente con una silla. La silla sobre la cual ella estaba escribiendo. María se mira detenidamente en el espejo mientras sonrío. Después abre y cierra la boca haciendo un gesto que a la mujer alta y morena le provoca risa. La risa de la mujer alta y morena no es agradable. Ella se ha acercado a María por atrás y le ha hablado al oído. María ríe ahora con una pequeña risa muda y tonta.

La mujer alta y morena ha dicho de pronto "Rogelio". Ella ha repetido otra vez "Rogelio" mientras toma a María por la cintura y acerca su boca a la nuca de María. María ha vuelto a reír con su pequeña risa muda y tonta, y ha entrecerrado los ojos. Ella echa ahora su cabeza hacia atrás y siempre riendo con su pequeña risa muda y tonta se recuesta sobre los hombros de la mujer alta y morena.

La mujer alta y morena ha tomado a María del brazo. Camina junto a ella para dirigirse hasta el sillón. Han caminado en torno a la mesa y a la silla en la cual María había tropezado ligeramente. María se apoya en el brazo de la mujer alta y morena. La mujer linda y joven también

se apoyaba en el brazo de la mujer alta y morena antes de entrar en la casa, cuando descendieron del auto.

María se ha recostado en el sillón. Ha recibido el vaso que la mujer alta y morena le ha ofrecido y bebe. Ella pregunta algo acerca de Rogelio. También pregunta algo acerca de la mujer linda y joven. Ellos no se encuentran ahora sentados en el sofá. María ha llamado a Rogelio con una voz adormilada y tonta. "Rogelio" ha dicho, por lo cual la mujer alta y morena ha dicho "sí, sí querida". Luego ha dicho "no te muevas de aquí", y ha salido de la habitación apagando la luz y llamando a Rogelio. Diciendo "che, Rogelio" con una voz muy distinta de la que empleaba para hablarle a María.

María está recostada en el sillón acariciándose los hombros. Acari-ciándose el pecho y el vientre, sonriendo al yeso del cielorraso con su pequeña risa muda y tonta, y diciendo "Rogelio". María dice "Rogelio" como si recién hubiera descubierto lo agradable que es pronunciar el nombre Rogelio recostada en la oscuridad y mirando hacia el cielo-rraso.

"Che, Rogelio" ha dicho la mujer alta y morena, pero luego ha retro-cedido unos pasos y ha dicho que no. Ha dicho que no al que llega a la habitación de María, desprendiéndose del brazo de la mujer alta y morena, y diciendo "dejame vos". El llega con un vaso en la mano, riéndose y haciendo un extraño ruido al respirar. El hombre de más edad ha llegado apartando de un empujón a la mujer alta y morena, y ha entrado en la habitación de María. También Rogelio entra ahora en la habitación de María, pero, detrás de él, fumando un cigarrillo y tam-baleándose sobre sus pies descalzos, mirando todo con una expresión azorada, o estúpida, o ausente.

Ropas. En la otra habitación hay ropas. Las ropas están tiradas en el suelo junto al sofá gris, junto a un velador de pie con la pantalla azul, junto a la mujer joven y linda acostada sobre la alfombra. El cuerpo de la mujer linda y joven es blanco. Sus cabellos en cambio son oscuros. Sus cabellos oscuros, volcados sobre la alfombra, brillan bajo la luz del velador.

Los ojos de la mujer joven y linda están entrecerrados. Ella no duerme. Ella oye. Ella oye ahora las voces que llegan de la otra habitación. De la habitación donde se encuentra María. María con Rogelio y la mujer alta y morena, y el hombre de más edad, el cual hace un extraño ruido al respirar. Ella ha abierto ahora los ojos y ha mirado. Ha visto la espalda de la mujer alta y morena contra el marco de la puerta de la habitación donde se encuentra María. Solamente la espalda de la mujer alta y morena, porque la otra habitación está casi a oscuras. Ha oído la voz de la mujer alta y morena diciendo "Rogelio", y ha oído al hombre de más edad insultar brutalmente a alguien.

Luego ha oído la palabra "papel". Ella ha oído pronunciar muchas veces las palabras "papel", y "papelitos", y "cartitas", en medio de golpes sordos y ruido de cosas que se caen.

Pero ella tiene sueño. La mujer joven y linda tiene mucho sueño y apenas ve a la mujer alta y morena cuando se acerca con un pequeño papel en la mano a la luz del velador. Tiene mucho sueño y apenas la oye cuando insulta con una voz seca y ronca, y luego se sirve algo en un vaso y lo toma de un trago.

Luego hay sombras. Sombras que a veces entran y a veces salen de la habitación donde se encuentra María. Sombras que a veces hablan, y a veces beben, y a veces caminan en silencio sobre la alfombra, cerca del sofá gris. Sombras que se quedan quietas o que se mueven cuando en

la: ventana aún es de noche y cuando en la ventana comienza a aparecer una ligera claridad.

En la ventana la claridad crece hasta hacerse muy intensa. Luego va desapareciendo otra vez hasta que la ventana se torna oscura. Y luego vuelve a aparecer otra vez una ligera, suavísima claridad.

A través de la ventana cubierta por una suavísima claridad puede verse la calle. Es una pequeña calle solitaria con jardines y cercos de ligustro.

Con la claridad puede verse también la habitación.

La habitación está en un primer piso. En ella hay una mesa, dos sillas, un sillón y un ropero con espejo.

¿Quién está en la habitación? En la habitación no hay nadie. La habitación ahora está vacía .